

Historias de vida: Oscar L. Perretta

“Sacar petróleo era nuestra desesperación”

Oscar L. Perretta es uno de los tantos hombres que contribuyó a forjar el desarrollo del sector de los hidrocarburos en la Argentina. Le tocó recorrer geografías inhóspitas, donde la vida era “muy sufrida”. Pero bajo el sol abrasador del norte o en el frío penetrante del sur, el desafío era siempre el mismo: ver brotar petróleo de la tierra. “Nuestra desesperación era perforar y sacar petróleo”, expresó. A los 75 años de edad, vital y entusiasta, brindó una conferencia en el IAPG, en la que pasó revista a sus 38 años de trabajo.

“Nuestra principal preocupación era el pozo. En la fecha y hora prevista para empezar la perforación, fuera como fuera, había que estar perforando”, subrayó.

A continuación, la síntesis de su testimonio.

Antes de trabajar en el petróleo estaba empleado en una empresa de ingeniería, en Buenos Aires, que se dedicaba a realizar instalaciones industriales —empezó contando Perretta—. Pero me pagaban 80 pesos por mes. ¡Me cansé! Y un amigo me sugirió que fuera a buscar trabajo a la Standard Oil Company, porque necesitaban un maestro mayor de obras para ir al norte del país”.

Acto seguido, Perretta reprodujo puntualmente el diálogo por el cual consiguió el trabajo.

- ¿Cuándo puede irse?, me preguntaron.
- Después de los carnavales, contesté.
- No, no, tiene que irse pasado mañana, me dijeron.

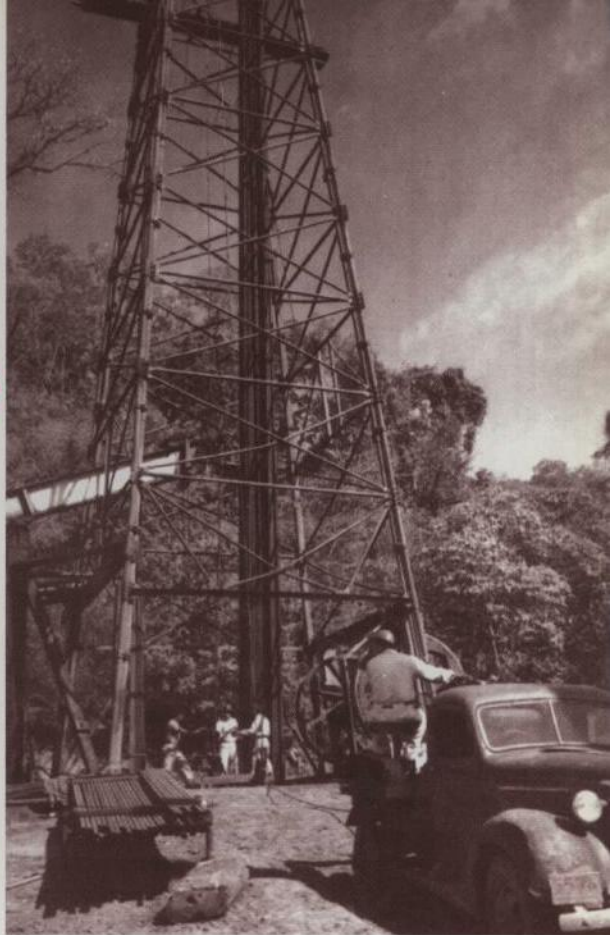
“No me dieron tiempo para nada. Así ingresé a la Standard Oil, en el 45”, recordó. Sin embargo, pese a haber conseguido un trabajo que lo entusiasmaba, Perretta estaba preocupado. Su destino era Tartagal, en la provincia de Salta, a 2.500 kilómetros de Buenos Aires. “No sabía cómo iban a hacer para identificarme cuando llegara”, explicó. Viajar a Salta en el ferrocarril, en la década del 40, tenía sabor a travesía. “En Güemes o Perico del Carmen, no recuerdo bien, cambiamos de tren. Ahí se acabaron las comodidades. El tren, para colmo, paraba hasta 45 minutos en cada estación. Salimos a las 10 de la mañana y llegamos a Tartagal a medianoche. En ese momento me di cuenta por qué le iba a resultar fácil ubicarme a la persona que me estuviera esperando. Todos los pasajeros bajaban con gallinas, zapallos, jaulas con loros, perros, chanchos... Yo estaba vestido con un traje blanco y un sombrero Panamá. ¡Era imposible equivocarse!”

UNA VIDA DURA

Cuando llegó al campamento central de la Standard Oil, en Tartagal, le indicaron cuál era su habitación. A los pocos minutos llamaron en su puerta y le entregaron una máquina de flit. “Eche mucho”, le aconsejaron. La recomendación era oportuna. En el 44, esa zona era azotada por las enfermedades infecciosas: paludismo, amebiasis, viruela y tifus, especialmente. “Antes de salir para Salta, me dieron las vacunas antífibica y antivariólica —expresó Perretta—. Pero todavía quedaba el paludismo, que era transmitido por el mosquito anófeles, que tiene la particularidad de pararse a 45 grados. Así que, cada vez que veía un mosquito, me fijaba cómo se paraba. Tenía un susto tremendo”.

Para elevar la calidad de vida en la zona, ya en la década del 30, la Standard Oil había construido un hospital. Y en 1937 formó una escuela de nurseries, para lo cual se habían contratado médicos y enfermeras de los Estados Unidos. Una de las chicas que estudiaba en esa escuela, con el tiempo, se convertiría en la esposa de Oscar Perretta.

“Todos los años nos hacían un análisis médico completo —señaló—. No concurrir a





Separadores de gas y tanques de almacenamiento de Campamento San Pedro. Standard Oil Co. SA. Arg. (Tartagal, Salta)

tróleo y tapaba los pozos porque no quería producir. “No era cierto —enfaticó—. Si nuestra desesperación era perforar y sacar petróleo. Qué alegría que teníamos cuando lo lográbamos. Además, era imposible ha-

El equipo OCS es empujado mientras se centra el balancín.



la citación del departamento de medicina era causa de despido justificada”.

Pese a todas las precauciones que la Standard Oil tomaba para preservar la salud de su gente, Perretta contrajo amebiasis en los pozos de San Pedro. “El malestar era tan fuerte, que si uno quería atarse los cordones, se mareaba y se caía”, recuerda.

EN EL MONTE

Oscar Perretta se desempeñaba en el área de Servicios a los Pozos. Se inició como Ayudante de Ingeniería. Luego fue designado Jefe de Mantenimiento. “Hacer un camino, un oleoducto o un acueducto, nos llevaba, por lo menos, una semana —explicó—. Había que ir por el monte abriéndose paso con el machete. Vivíamos en carpas, cerradas con mosquitero, y con piso para evitar que entraran las víboras. Cuando empezaba a anochecer había que encerrarse en las carpas y no salir más, porque aparecía el mosquito anófeles”.

“Con nosotros trabajaban muchos indígenas: tobas, chiriguano, matacos y chaguanos —continuó Perretta—. Para hacer un camino poníamos a trabajar a más de 500 indios. Cada quebradita que había que pasar, teníamos que hacer los puentes nosotros mismos, con madera de los árboles de la zona. Cuando me tocaba arreglar los caminos que se deterioraban —agregó—, me iba con la indiada arriba de un camión. Había que buscarlos en las tolderías donde vivían y si no les asegurábamos una ración diaria de 100 gramos de hojas de coca, no querían trabajar. Era una vida muy sufrida”.

PERFORACION A CABLE

Pero si las condiciones de vida en Salta no eran fáciles, tampoco era sencillo extraer petróleo. Es que la tecnología disponible en esa época no permitía alcanzar mucha profundidad. “La perforación era a cable —puntualizó Perretta—. Podíamos lle-

gar a 1.000, 1.200 metros. Se realizaba con una máquina a percusión. Eran unas enormes mechas de forma cónica, que bajaban con agua, golpeaban y giraban. Cada tanto se bajaba una cuchara, que se abría, entraba el agua con los detritus de la perforación, se cerraba y se la extraía. Luego llegaron unos equipos de perforación rotativa —añadió—, los Wilson Titanic, con los que podíamos llegar hasta 2.000 metros. El equipo más moderno que tuvimos fue un *Cardwel*, rotativo, con el que alcanzábamos una profundidad de 2.500 metros”.

Con todo, Perretta manifestó que algunos pozos fueron muy fructíferos. Y puso como ejemplo el Número 2 de San Pedro, que dio una producción total de más de 2 millones de barriles. “Una cantidad bastante importante por aquel entonces”, apuntó. Y agregó: “Cuando cerramos los yacimientos, en el 58, producían, en conjunto, 350 barriles de petróleo por día. Visto con los ojos de hoy, no serían pozos comerciales”.

Perretta recordó que la gente decía que la Standard Oil perforaba, encontraba pe-

cer algo raro, porque cuando empezábamos a trabajar había que darle las coordenadas del pozo a la Inspección General de Minas de Salta, que enviaba un inspector. Y lo mismo teníamos que hacer antes de clausurarlo”, lo que se hacía con la aprobación del Inspector de Minas y luego de diversos ensayos de producción.

DEL NORTE AL SUR

En 1958, la Standard Oil Company pasó a llamarse Esso. En ese año, Perretta cambiaría de sitio de trabajo. “Un día Davidovich (pobre, cuando éramos solteros lo teníamos loco pidiéndole la camioneta para ir a bailar a Tartagal con las turcas buenas mozas —lástima que comían ajo—, pero nunca accedía) me dijo que quería hablar conmigo”.

- Se firmó un contrato en Plaza Huincul y el primero que tiene que ir es usted, porque necesitamos hacer los caminos, me dijo.
- Bueno, me voy en diez días, respondí.
- No, tiene que irse mañana.
- ¿Y mi esposa y mis hijos?
- Nos encargamos nosotros. Salga mañana mismo, cuando no dé más, pare, duerma un poco, y siga directo a Huincul.
- “Apenas llegamos a Plaza Huincul empezamos a buscar un camino a Sierra

**Armar y desarmar la torre
no era fácil.
Había que sacar los bulones
uno por uno,
llevarla, y ponerla de vuelta:
un mes de trabajo.**

*Vivíamos en carpas,
cerradas con mosquitero,
y con piso para evitar que
entraran las víboras.*



Transporte de equipos a través de la selva

Barrosa que fuera seguro —expresó—, porque era una zona de mucho barro. A los 15 días llegaron los equipos de perforación. Eran otra cosa: podían alcanzar hasta 4.000 metros de profundidad. Y a los pocos días vinieron los geólogos y perforadores norteamericanos, que estaban enloquecidos por empezar a perforar. Pero claro, armar y desarmar la torre no era fácil. Había que sacar los bulones uno por uno, llevarla, y ponerlos de vuelta: un mes de trabajo. Los gringos nos decían que no sabíamos trabajar. Para ganar tiempo pidieron trabajar con una pluma. Pero también nos llevaba un mes armarla. Los gringos estaban todo el día maldiciéndonos (risas). Después le agarramos la mano y la armábamos rápido”.

Las nuevas torres que trajeron los gringos se denominaban “plumas”. Se armaban una sola vez y luego se bajaban, se trasladaban armadas por decenas de kilómetros y se erigían en 24 horas.

DOMADOR DE POZOS

De su vida laboral en el Sur, Perretta rescató una serie de acontecimientos que contó con pasión, como si los estuviera viviendo en ese mismo instante. Entre ellos, el que sucedió en la zona de Chihuido: “Era un lugar difícil para perforar. Así que, en Chihuido del centro, decidimos perforar con aire —explicó—. Un día hubo una explosión: tiró la barra de sondeo, el porta mecha, tiró todo. La torre bailaba. La válvula de retención era una *Kelly Cock* para 5.000 libras de presión y no aguantó”.

“Se determinó que había 10.000 libras de presión en la cabeza del pozo —siguió contando Perretta—. Nos dijeron que no tocáramos nada, que iban a consultar a Estados Unidos. Entonces contrataron a “Red” Adair (un “domador” de pozos difíciles, reconocido mundialmente). Cuando me lo presentaron y me dio la mano, no quería lavármela más (risas). Lo llevé hasta el pozo: lo miró y dijo que ya que el antepozo era de 4 x 4, necesitaba hielo seco para llenarlo. Se llevó hielo seco de todo el país. Lo primero que pidió “Red” Adair fue que se quedaran Waisman (perforador argentino), Calvi (ayudante de perforación), un soldador y un par de ayudantes. A todos los demás nos echó. Bueno, llenó

de hielo seco el pozo y permanentemente le iban acercando más. Llamaron a Halliburton para que bombeara barro, y a medida que lo hacía, todo ese barro se iba congelando. Cuando la bomba no dio más, tenían un plazo de 14 minutos para sacar la válvula y poner una *Kelly Cock* de 10.000 libras. Así lo hicieron”.

Perretta agregó que una de las cosas que más le llamó la atención de “Red” Adair era que se vestía con un overol rojo así como el casco, las botas, etc. “Nos explicó que era para que lo pudieran ubicar fácilmente. Antes de irse, “Red” Adair le regaló el overol a Calvi que, por supuesto, estaba enloquecido con el regalo”.

LOMA DE LA LATA

En uno de los pasajes finales de la conferencia, Oscar Perretta relató otro de sus recuerdos laborales más queridos: el descubrimiento del pozo Loma de la Lata LX1, un trabajo que le dejó una mezcla de orgullo y frustración. “Las coordenadas suministradas por Estados Unidos caían en una quebrada, era un desastre —puntualizó—. Entonces sugerí correrlo unos 200 metros. Se comunicaron con los Estados Unidos y nos autorizaron. Pero para hacer la planchada, por la cantidad de rocas que había, tuvimos que usar dinamita, y con las topadoras sacar la tierra. Y empezamos a encontrar una enorme cantidad de huesos de animales prehistóricos. Avisamos a la Universidad Nacional de La Plata, que envió un grupo de arqueólogos que se llevaron cajones repletos de huesos”.

“A ese pozo lo llamamos Loma de la Lata LX1 —continuó Perretta—. Hicimos el camino, perforamos y encontramos gas, con 3.500 libras de presión en la cabeza del pozo. Nos frotábamos las manos. Pero hubo una fuerte oposición política y no se pudo seguir. Sin embargo, cuando hablan

de Loma de la Lata, orgulloso digo que hice el camino de acceso y ubiqué el primer pozo que resultó con muy buenas perspectivas de gas”.

En el '63 fue trasladado a Puerto Galván, cerca de la base de Bahía Blanca, donde trabajó en la refinería. Y en 1965 fue enviado a Campana, donde se desempeñó —sucesivamente— como Supervisor de Mantenimiento de Plantas, Jefe de Planeamiento de Mantenimiento de Refinería, y Jefe de Grupo de Control de Medio Ambiente y Energía. Paralelamente, integró la Comisión de Medio Ambiente del Instituto Argentino del Petróleo y del Gas. En tanto, durante sus últimos años en Esso, impartió cursos en la carrera de Ingeniería (UBA), sobre conservación del medio ambiente y energía. Se jubiló en el '83. No obstante, siguió durante algunos años asesorando a la empresa en el área de contención de derrames en ríos y mares.

Tiene tres hijos (Liliana, Roberto y Luis), que nacieron en Tartagal, en el hospital de la compañía. Dos de ellos trabajan en Esso: Liliana es secretaria de la Gerencia de Refinería y Roberto es instrumentista en el Departamento de División Técnica y Luis es Gerente de Mantenimiento y Servicios de la Cervecería Quilmes en Corrientes. Una verdadera satisfacción para quien dedicó tantos años de su vida al petróleo. Y que lo hizo con una enorme pasión: “Si a mí me preguntaban quién era el presidente del país, es posible que no me acordara”, graficó. “Es que nuestra principal preocupación era el pozo. A veces, ni siquiera la familia, lamentablemente, nos preocupaba tanto. En la fecha y hora prevista para empezar la perforación, fuera como fuera, había que estar perforando. Así era nuestra vida”, concluyó.